
Dos revoluciones: una nota introductoria

Gilles Bataillon y Vincent Bloch

¿Cómo interrogarnos sobre las revoluciones cubana y nicaragüense, a cincuenta años de la primera y treinta de la segunda? Ninguna de las dos provoca, hoy, el entusiasmo que suscitaron en aquel entonces. La primera encarna una sociedad totalitaria en crisis; Fidel Castro, el egócrata envejecido, perseverará hasta donde le permita la biología; el reformismo atribuido por algunos observadores a su hermano Raúl, Delfín designado, es una ilusión. Su proyecto se limita a adaptar el dominio del partido-Estado a la nueva situación internacional, entrando de nuevo en América Latina gracias al ALBA. La segunda, por su parte, fue mucho más breve y el poder del partido-Estado sandinista se acabó en 1990, cuando, para poner fin a una guerra civil (1982-1987) en la cual sus adversarios tenían el apoyo de Estados Unidos, se arriesgó a organizar elecciones libres y a respetar el resultado: ganó la oposición. El regreso al poder de Daniel Ortega en 2006, más que una segunda fase de la revolución representa una vuelta a las viejas tradiciones políticas de Nicaragua: el pactismo entre caudillos para repartirse el poder y las prebendas.

Queremos tratar aspectos poco discutidos de estas revoluciones, sus tendencias a apoyarse sobre antiguas costumbres para forjar lo nuevo, lo que implica remodelarlas según las exigencias del presente.

¿Cómo se construyen los nuevos partidos-Estados en las dos revoluciones? A primera hora, los disidentes cubanos y nicaragüenses llamaron la atención sobre la aparición casi inmediata de poderes encima de las otras fuerzas revolucionarias, aún antes de la primera manifestación de hostilidad por parte de Estados Unidos, potencia hegemónica en el Caribe. Gilles Bataillon prolonga sus análisis y demuestra que no sólo fue una revolución

en las instituciones políticas, sino una mutación social total que combinaba un poder omnimodal y sin rivales, apoyado en una burocracia capaz de copiar a todos aquellos atraídos por el poder y sus canonjías. Tales transformaciones tienen sus raíces en prácticas jerárquicas y autoritarias que pertenecían a los regímenes derrocados, prácticas resucitadas y transformadas.

Tres estudios abordan más concretamente el peso de las antiguas costumbres. Es conocida la importancia de las representaciones jerárquicas y totalizantes en la Cuba castrista y la Nicaragua sandinista, la idea de igualdad entre todo, más allá de la etnicidad o del sexo, iba radicalmente en contra de las creencias y prácticas colectivas en los dos países. Tal idea de una igualdad encima de las diferencias de hecho no sólo parecía inadmisibles, sino que anunciaba la llegada del caos social. ¿Cual fue la fuerza de tales mentalidades, cómo estructuraban el imaginario en víspera de las revoluciones, cómo siguen existiendo y cómo se recompusieron a lo largo de la experiencia revolucionaria?

Dos autores exploran la cuestión del racismo en el imaginario cubano: Stéphane Palmié se interroga sobre la influencia de Lombroso sobre el gran antropólogo de los afro-cubanos, Fernando Ortiz; Vincent Bloch, por su parte, examina el lugar de los clisés del racismo en el mundo cubano muy contemporáneo, tanto en las interacciones individuales, como en la novela de Ronaldo Menéndez. Finalmente, Delphine Lacombe presenta el “asunto Zoilamérica”: la entenada del principal dirigente de la revolución sandinista, Daniel Ortega, niña y adolescente violada por él durante años, con la complicidad de gran parte de aparato estatal revolucionario. ¿Cómo la sociedad nicaragüense y el mundo sandinista reaccionaron frente a la denuncia hecha por la víctima? Eso revela el estado de las costumbres, manifiesta la persistencia del machismo, pero también ha permitido ciertos movimientos y el cuestionamiento de este universo jerárquico. [Este Dossier está dedicado a Claude Lefort] ❧